

RENTERÍA

AÑO VIII
PRECIO DEL EJEMPLAR, 0,60 PTAS.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ZAMALBIDE, 4, 1.º IZQDA.

NÚM. 8
JULIO DE 1925

NOBLEZA OBLIGA

Las primeras palabras impresas en esta Revista queremos sean un cordial saludo a nuestros vecinos y forasteros que hoy son huéspedes de nuestra villa.

Todos ellos, al interesarse por nuestra publicación, al arrebatarla presurosos de manos de nuestros vendedores, como ocurrió el pasado año y como deseamos ocurra en el presente, otorgan con su curiosidad e interés el mejor premio a nuestros esfuerzos y desvelos, para que esta publicación esté a la altura de Rentería.

Que ponemos en ello nuestro esfuerzo más ferviente, es prueba el número que sometemos al fallo del público, no pretendiendo, claro está, darnos por satisfechos, sino deseando que el del año próximo supere a éste, ya que nuestra norma ha de ser mejorar cada número anual. Para ello contamos con el decidido concurso de la industria y el comercio de nuestra villa, a quienes se debe, en su mayor parte, la aparición anual de RENTERÍA.

Nuestro Municipio también protege, y justo es

consignarlo, la empresa que cumplimos con mayor entusiasmo cada año, y aunque en el presente hemos encontrado algunas dificultades para confeccionar el número, nuestra voluntad ha sabido salvar victoriosamente los obstáculos que nos embarazaban el camino, y satisfechos por haber dado cima a nuestro propósito, hémos aquí dando fe de vida con el «octavo» número de nuestra publicación.

¿Podremos llegar a añadir un cero a ese número ocho y llegar a los ochenta años de publicidad?

No lo quiera Dios. Los viejos cansan a todo el mundo con sus rarezas y chocheces.

Contentémonos con vivir una bella vida, si no muy larga, sí lo suficiente para dejar una memoria honrada y halagüeña en los que nos leyeren.

Entre tanto, de aquí al año que viene, en que se repetirá este afectuoso saludo, te deseamos, amigo lector, salud y felicidad completas.

EL EDITOR.



¡OH, LA RADIO...!

A muchos de los vecinos de cierta villa cercana cuyo nombre no hace el caso, muy intrigados tenía los progresos de la radio, ese invento diabólico que con dos o tres alambres, un cajón, cuatro tornillos, y algunas más baratijas hace oír cosas tan bellas como silbidos extraños, ruidos de trenes que corren por París y por Chicago, anuncios de joyerías, «jazz-bands» y jotas a ratos y algunas veces gruñidos idénticos al del guarro.

La escena es en un Casino por cuyo salón desfilan señores muy estirados que dicen representar con éxito inigualado a las casas constructoras que hacen aparatos majos en Londres, en Nueva York y aun hasta en Pasajes-Ancho.

Sus precios son, como es lógico en tan renombradas casas, ochocientas, mil pesetas, o algo más por aparato.

Todos afirman ufanos que su aparato es muy bueno, «lo último fabricado».

Esto lo dicen, es claro, antes de ajustar alambres, girar tornillos y oír algo.

Tardan en coger la onda más que un peluquero vago, enchufan el «alta-voz» y oímos muy extasiados un ruido que se parece a un hierro que están limando. Con esto y con los silbidos de alguna mala corrida que en Madrid habrán lidiado, el auditorio se duerme, y los señores del radio con cara de Viernes Santo examinan los alambres, dan vueltas por todos lados y afirman, doctos y serios, que como la niebla es densa la audición les ha fallado. Un señor de los presentes dice entonces «con segunda»:

—Mi chico anteayer se ha hecho el solito un aparato.

—¿Cómo, cómo?—le preguntan

—Pues señores, es muy llano

En una lata vacía

de conservas Trevijano

metió un carrete de alambre;

al lado cuatro patatas

con tres alambritos clavados,

detector dos perras gordas

y la antena en el tejado.

—¿Y qué? ¿Oír sin duda algo?

—¿Escuchar? ¡Cá, ni soñar! Como nosotros ahora...

¡pero tiene la ventaja de que es mucho más barato!

EFE.